

EL CAMPO RIOJANO

INFORME DIRIGIDO POR MARIO GAVIRIA Y ARTEMIO BAIGORRI

1



CAMARA AGRARIA PROVINCIAL DE LA RIOJA

EL CAMPO ROMANO

I

I.S.B.N.: 84-500-9566-0 (Vol. 1)
I.S.B.N.: 84-500-9565-4 (Obra completa)
Depósito legal: Z.-163-84
Imprime: Cometa, S. A.
Ctra. Castellón, Km. 3,400. Zaragoza

1891

Promotor del Estudio:

José A. Aguirre, presidente de la Cámara Provincial Agraria de la Rioja

Dirección y coordinación:

Mario Gaviria
Artemio Baigorri

Investigadores y becarios:

Belén Berlín
Maxi Beperet
Juan A. Calvillo
Abel Casado
Maritza Castro
Santiago Coello
Gina Cortés
Alfonso Del Val
Ana Díaz
Mikel Echevarría
Juan Fdez. de Retana
Antonio García Tabuena
Joaquín Giró
Miguel González
Antonio Marín
Inma Montoya
Miguel A. Muez
Adelina Mullor
Alfredo Pérez

Fernando Reinares
Arrixaca Sánchez
Yolanda Sierra
Asunción Sobreviela
Patxi Tuñón
Lorenzo Zárate

Otros colaboradores

Vitorio Alcusón (mecanografía)
Javier Baigorri (delineación)
Emilio Barco (doc. y contactos)
Blanca Berlín (traducciones)
Angel Betoré (delineación)
José I. Casado
P. de la Hera
Puri Echevarría (doc. y contactos)
Melquíades Entrena
Pablo Izco
Rogelio Jiménez
José M.ª Lagunas (maquetación)
Juan Mendía
José L. Royo (mecanografía)
Javier Ruiz (doc. y contactos)
Jaime Compairé (portada)

INDICE

PRESENTACION, por JOSE A. AGUIRRE	5
Síntesis del Informe	7
Los dineros del estudio	16
Cronología básica del estudio	17
CAPITULO UNO: QUIENES, CUANTOS Y COMO SON LOS AGRICULTORES RIOJANOS	
1.1. EL MARCO ESTRUCTURAL RIOJANO, por SANTIAGO COELLO MARTIN	21
1.2. LA POBLACION ACTIVA AGRARIA, por ANTONIO MARIN, MARIO GAVIRIA, ARTEMIO BAIGORRI y JUAN MENDIA	23
1.2.1. En 1984 probablemente aumente el número de agricultores y ganaderos	24
1.2.2. La evolución de los afiliados a la Seguridad Social Agraria	25
1.2.3. Los agricultores se concentran en cada vez menos puntos	30
1.2.4. La edad media de los agricultores	31
1.2.5. «El carro de las hostias». Las mujeres	34
1.3. LOS QUE VUELVEN AL CAMPO. LA AGRICULTURA AUN CREA PUESTOS DE TRABAJO, ANTONIO MARIN y ARTEMIO BAIGORRI	36
1.3.1. La vuelta: cuántos, de dónde y adónde	36
1.3.2. Las tres Riojas y la vuelta al campo	38
1.3.3. Las nuevas generaciones vuelven	39
1.4. LOS PENSIONISTAS, LO QUE MAS AUMENTA EN EL CAMPO RIOJANO, por ANTONIO MARIN, ARTEMIO BAIGORRI y MARIO GAVIRIA	43
1.4.1. La distribución de pensionistas por pueblos no es homogénea	44
1.4.2. También en esto hay clases	44
1.4.3. ¿Cuánto perciben los pensionistas?	45
1.4.4. El futuro de las pensiones	45
1.5. EL MUY «ESPECIAL» REGIMEN ESPECIAL AGRARIO DE LA SEGURIDAD SOCIAL, por ANTONIO MARIN, ARTEMIO BAIGORRI y MARIO GAVIRIA	47
1.5.1. Financiación	47
1.5.2. Gastos de la SSA en España	48
1.5.3. La SSA en la Rioja	49
1.5.4. Las prestaciones de la SSA en la Rioja	50
1.5.5. El futuro de la SSA	51
1.6. LA SALUD DE LOS AGRICULTORES RIOJANOS, por ARTEMIO BAIGORRI, GINA CORTES y colaboradores	52
1.6.1. Introducción	52
1.6.2. Alimentación	52
1.6.3. El trabajo	55
1.6.4. El medio ambiente	60
1.6.5. Aproximación a algunas de las principales dolencias y enfermedades de los agricultores riojanos	61
1.6.6. Síntesis, conclusiones y recomendaciones de acción	62
1.7. LA APORTACION DE LAS MUJERES A LA EXPLOTACION AGRARIA FAMILIAR, por ANA M. ^a DIAZ PEREZ	63
1.7.1. Introducción	63
1.7.2. El rol de la mujer riojana que colabora en la explotación	63
1.7.3. Actividades que realizan las mujeres	64
1.8. LOS TEMPOREROS GITANOS Y LA RECOLECCION DE LA PATATA EN LA RIOJA ALTA, por MARITZA CASTRO VENTURA	72
1.8.1. Los gitanos, temporeros recolectores	73
1.8.2. La recolección de patata en la Rioja Alta	73
1.9. LA PROBLEMÁTICA DE LA JUVENTUD CAMPESINA EN LA AGRICULTURA RIOJANA, por FERNANDO REINARES y ARRIXACA SANCHEZ	86
1.9.1. Algunas consideraciones previas	86
1.9.2. La ambivalencia del presente	87
1.9.3. ¿Queremos vivir de la tierra?	87
1.9.4. En torno al sistema de producción	88
1.9.5. De las relaciones paterno-filiales	89
1.9.6. Respecto a la cultura rural y sus transformaciones	90
1.9.7. Relaciones sociales y espacio del ocio	91
1.9.8. De la vida religiosa	91
1.9.9. Actitud política y sindical	92
1.10. COMO SE HACE UN AGRICULTOR. ¿NACE, SE HACE, O NO LE QUEDA OTRO REMEDIO?, ARTEMIO BAIGORRI e INMA MONTOYA	93
1.10.1. Las escuelas de EGB: ¿qué aprenden, en sus propios pueblos, los hijos de los agricultores?	94
1.10.2. La Formación Profesional, ¿forma profesionales del campo y para el campo?	95
1.10.3. La investigación agraria y su difusión entre los agricultores	98
CAPITULO DOS: LA TIERRA, RECURSO ESCASO (un análisis sobre la forma, estructura y funciones del suelo agrícola en la Rioja)	
2.1. LA COMPETENCIA POR EL USO DE LA TIERRA, por ARTEMIO BAIGORRI	101
2.1.1. La urbanización de la huerta	102
2.1.2. El campo industrializado versus el campo invadido por las industrias	104
2.1.3. Las grandes infraestructuras compiten por el uso de la tierra, hacen desaparecer superficie agrícola útil y provocan aumentos desmesurados de su precio	106
2.1.4. Otras infraestructuras y dotaciones, además de ciertas instalaciones molestas, hallan en el campo un espacio que no encuentran en las ciudades, y compiten por el uso del suelo rústico	108

1.6. LA SALUD DE LOS AGRICULTORES RIOJANOS

ARTEMIO BAIGORRI
GINA CORTES

Colaboradores en la toma de datos:

ASUNCION SOBREVIELA
ALFREDO PEREZ
ANTONIO MARIN

1.6.1. INTRODUCCION

Aunque no es habitual en los estudios de sociología agraria, difícilmente podemos trazar un completo retrato del campesino riojano si no entendemos el estado de su salud. Tradicionalmente, el carácter míticamente saludable de la vida en el campo hacía olvidar a los estudiosos de la salud desde un punto de vista social, al sector agrario, centrándose exclusivamente en el estado de salud de sectores profesionales típicamente urbanos. Más aún, si esta preocupación por los estudios higiénico-sanitarios surgió, a lo largo del siglo XIX, fue debido precisamente a las deficientes condiciones de higiene y trabajo en que se desenvolvían las vidas del primer proletariado industrial. Así, este tipo de estudios fue haciendo crecer e implantarse en el seno de la sociedad toda una serie de tópicos, de todos los cuales la conclusión última sería la consideración del campo, y por extensión del trabajo agrícola, como fuente de salud, tanto espiritual como material. Y desde las ciudades se sigue viendo la vida del agricultor (incluso cuando los que la observan proceden del campo) de forma no muy distinta a como Iacopo Sannazaro la veía en su «Arcadia», hace ahora exactamente 500 años. Justo tres siglos más tarde de que Sannazaro, inaugurando toda una corriente artístico-literaria y filosófica, escribiese su «Arcadia», el escritor riojano Félix María de Samaniego hubo de burlarse mordazmente, a través de sus fábulas, de aquella antigua corriente, que aún hoy pervive, que no ve del campesino sino sus ratos de taberna, fiestas, almuerzos y canciones; y el quehacer campesino como una gimnástica diversión al aire libre. Esa misma ideología inspira todavía incluso al aparato sanitario y previsor del Estado, que no considera la posibilidad de enfermedades profesionales específicas del campo.

Ciertamente que el campo, la vida al aire libre, lejos de las grandes concentraciones urbanas y en estrecho contacto con la Naturaleza, todo ello es una fuente inagotable de salud. Y no es menos cierto que alguna vez la agricultura fue, frente a otras actividades industriales o comerciales, un trabajo más higiénico y saludable. Puede incluso que en algunas zonas del país esto sea todavía así. Pero el campesinado riojano, como el de las otras comarcas y regiones agrónicamente más desarrolladas (y desarrollistas) del país, no responde actualmente a esos tópicos. El agricultor riojano es un trabajador tan amenazado por dolencias, accidentes o enfermedades como cualquier trabajador de cualquier otro sector productivo. Su estado general de salud es bajo, y de ahí que hayamos optado por hacer un mínimo rastreo en torno a estos aspectos tan poco estudiados. Esa falta de estudios previos y la inexistencia en nuestro equipo de médicos, han sido dos retos difíciles de superar a los que, no obstante, hemos dado batalla.

Si nos atenemos al concepto de salud que define la Organización Mundial de la Salud (OMS), el agricultor-tipo riojano no es un trabajador saludable, por cuanto para la OMS la salud es «un estado completo de bienestar físico, mental y social». Creemos como síntesis de este trabajo que el agricultor no participa, actualmente, de ese estado de cosas positivo definido como salud. ¿De qué modo y manera se ha perdido aquella especie de estado virginal y paradisiaco de tiempos pretéritos, en los que el campesino era tomado como modelo de individuo saludable? Vamos a intentar desentrañarlo a lo largo de las páginas que siguen.

En términos absolutos, es la norma general de vida lo que determina el grado de salubridad. Y esta norma de vida comprende básicamente la alimentación, el trabajo y el medio ambiente (natural y social) en que se inserta el sujeto. En este sentido, el concepto de salud va más allá de la simple ausencia de enfermedades, al manifestarse como una situación de equilibrio entre el individuo y el medio en que vive. Hemos de recorrer en principio ese medio (alimentación, trabajo, medio ambiente) en que se desenvuelve la vida del agricultor, para conocer los desequilibrios que dan lugar a la ausencia de salud. Después veremos cómo cada una de las más importantes dolencias y enfermedades detectadas responden a uno u otro de esos desequilibrios. Por fin, el último apartado de esta monografía pretende hilvanar unas grandes líneas para ayudar al agricultor a recuperar la salud perdida.

1.6.2. ALIMENTACION

El régimen alimenticio que en general siguen los agricultores riojanos podría calificarse sin paliativos como desastroso para la salud. Consecuencia de influencias internas y externas al sistema social agrario, su alimentación es hoy una turbia mezcla de usos alimenticios ancestrales y de hábitos ultramodernos, importados del medio urbano a través de la publicidad televisiva. Como veremos, ni una ni otra forma de alimentación responden a las necesidades actuales del agricultor.

De un lado, se ha conservado de la cultura campesina ancestral una cierta concepción de la alimentación como aporte masivo de energía para poder desarrollar un poderoso esfuerzo físico. Así, se mantienen los más importantes elementos de la alimentación tradicional: mucho cerdo, grasas en general, picantes, vino, patatas, pan, etc. En este sentido, no se ha dado un proceso de adaptación a las condiciones modernas.

Tradicionalmente el trabajo del agricultor, sin maquinaria alguna, sin otra ayuda que las bestias (cuyo control exigía a su vez un gran esfuerzo) precisaba, para sus exagerados es-

fuerzos puntuales, un gran aporte de energía en forma de grasas y azúcares. Por explicarlo en términos asequibles a todo tipo de lectores, esos elementos son como una gasolina que, mediante esfuerzo físico continuado, se quema (permitiendo así desarrollar ese esfuerzo), pero que en caso contrario se acumula en el cuerpo, no sólo engordándolo, sino generando diversas toxinas cuya acción provoca tipos variados de patologías (cirrosis, reuma, infartos, etc.).

Por el contrario, en la actualidad el trabajo del agricultor tiene características esencialmente distintas. Si trazásemos la curva ideal que podrían seguir en el tiempo el esfuerzo mental y material de los agricultores tradicionales y modernos, como hipótesis de trabajo, veríamos cómo, en el referente al esfuerzo físico, el agricultor moderno, si bien sobrelleva un esfuerzo más continuado y lineal que el agricultor antiguo, sin una evolución en sierra (cuyos puntos álgidos coincidían con la recolección y la siembra, sobre todo), no sufre esos grandes esfuerzos puntuales, que son suplidos por la maquinaria. A su vez, el esfuerzo intelectual, con más altibajos que el agricultor antiguo, es notablemente superior (entendemos por esfuerzo intelectual lo que el agricultor define como «las preocupaciones»: qué y cuándo sembrar; cómo pagar los intereses; a quién pedir créditos; cómo organizar el trabajo, qué tractor comprar, etc.).

Así, en síntesis, el trabajo del agricultor moderno es, aunque menos intenso que el del antiguo, más prolongado y complicado por un muy superior esfuerzo intelectual, lo que le conduce a una situación que podemos denominar de «stress». Si a ello añadimos los excesos calóricos y proteínicos que conlleva una alimentación no adaptada a sus necesidades actuales, podremos encontrar las causas de muchas de sus enfermedades, y la aparición de dolencias tradicionalmente desconocidas en el campo, como el infarto.

Es evidente que cuando el agricultor va a permanecer de sol a sol trabajando con el azadón escardando yerba de un campo de maíz o de patatas, o acaballando espárragos o pimientos, precisa un importante aporte energético, que se lo darán las grasas animales, o ciertas leguminosas (lo que tradicionalmente era más habitual). En estas condiciones, un menú, a lo largo del día, que pudiera ser el que aparece en el recuadro, sería «quemado» casi en su totalidad con el esfuerzo físico.

Ejemplo de menú tradicionalmente «fuerte», en tiempos «ricos»

Desayuno:

— Café con leche con remojones de pan o galletas «marías».

Almuerzo:

— Dos huevos fritos con tocino.
— Dos vasos de vino.
— Pan.

Comida:

— Caparrones con oreja de cerdo, guisados con grasa de cerdo.
— Guisado de carne de oveja (mayor) con pimientos.
— Ensalada de cebolla y aceitunas negras.
— Una manzana.
— Medio litro de vino.
— Pan.
— Carajillo.

Merienda:

— Pan con tocino y aceitunas negras.
— Dos vasos de vino.

Cena:

— Verdura del tiempo, aliñada con aceite de oliva.
— Dos huevos fritos.
— Pan.
— Un vaso de vino.

Pero si el que ingiere tan exagerada cantidad de alimentos va a permanecer durante casi todo el día sentado en el asiento del tractor, es evidente que ha introducido en el cuerpo un exceso de aportes calóricos y proteínicos que, al no ser «quemados», se incorporarán a los tejidos en forma de grasa.

Es sin duda alguna esta contradicción entre usos alimenticios propios de un gran esfuerzo puntual, y trabajo actual del agricultor, menos intenso aunque más continuado, la base principal de los desequilibrios alimenticios del campesino moderno en la Rioja.

Pero, como se ha apuntado, también se dan nocivas influencias externas en la dieta campesina, de forma que se han adquirido nuevos hábitos, más modernos pero totalmente inadecuados para el agricultor. Las consecuencias de estas influencias son, sin duda alguna, más peligrosas para la salud que los hábitos tradicionales a que hemos hecho referencia. Especialmente porque tales nuevos hábitos han desterrado, en una gran medida, precisamente los elementos más sanos de la alimentación tradicional.

El gastrónomo Eugenio Domingo definía la situación alimenticia española, en los últimos años, en un artículo titulado «Comer en España, un incierto futuro» («El Viejo Topo», extra, n.º 16, pág. 21), del modo siguiente:

«Nos van envenenando poco a poco, vamos cayendo en el mundo ficción de comer con los ojos más que con el paladar, toda una serie de marcas nacionales e internacionales están conduciéndonos a una supuesta comodidad bien colorada y magníficamente orquestada por las agencias de publicidad. Es difícil que el español de a pie pueda defenderse en este ataque frontal, ya que cada día está más sometido a los compromisos del tiempo. Según la población va rejuveneciéndose, la situación se agrava. La influencia del yankee es manifiesta, pero también la de productos procedentes del Mercado Común, mortadelas sintéticas, jamones hechos con sojas u otras zarandajas parecidas, refrescos cafeinados o quinados, sopas de bote o sobre, concentrados de carne, etc. Nuestros comerciantes, que ven la cosa cada vez más difícil, se agarran a la fórmula, y como es lógico lo hacen todavía peor, por el simple hecho de que carecen de los medios industriales con los que cuentan los competidores que les están haciendo polvo el mercado (...). El ciudadano, pues, convencido por la publicidad que le manipula, adquiere las cajitas de bellos colorines y misteriosos ingredientes, que solamente en raras ocasiones le son descritas en los envases que los guardan.»

Obsérvese que el articulista no hace referencia a grupos sociales determinados, sino a la generalidad de los ciudadanos, entre los que se cuentan los agricultores, que han pasado a convertirse, respecto a los alimentos, en unos consumidores más, con actitud igual a la de los sectores sociales urbanos. Y aquí se ha dado quizás una de las más serias contradicciones de la actual agricultura. Su carácter capitalista queda claramente puesto de manifiesto en la separación entre el productor de las materias básicas alimenticias (el agricultor, que hoy es tan sólo un eslabón más de la cadena agroalimentaria) y el producto final, que vaciado seguramente del contenido alimenticio que el agricultor le transmitió a través de su trabajo, vuelve a él, desconocido, en forma de producto industrial.

Estas serias contradicciones van a causar, a plazo medio, graves perjuicios a la salud física y moral de los agricultores. Así, ha perdido ya una característica básica del agricultor tradicional: la autosuficiencia alimenticia. Esta se ha perdido en aras de unos rendimientos monetarios en cuyo balance no suele incluirse el costo de la salud. Para explicar de forma más gráfica estos contrasentidos, podemos recorrer brevemente algunos de los aspectos más importantes de la autosuficiencia perdida, y los hábitos alimenticios que tal pérdida acarrea.

La alimentación tradicional (dentro de los siglos últimos, especialmente desde el siglo XVIII) del agricultor se basaba en los siguientes elementos:

El corral. — Situado en la propia vivienda, y atendido por las mujeres, producía la mayoría de las proteínas y calorías de

origen animal consumidas por el agricultor. Básicamente se componía de uno o a lo sumo dos cerdos (según el tamaño de la familia) para todo el año, criados prácticamente con los desperdicios, y salvado y patatas «grilladas». El cerdo es el animal doméstico ecológicamente más perfecto, puesto que come absolutamente de todo, y todo él es después aprovechable. Al cerdo se añadía en torno a una docena de gallinas, a las que se cuidaba por sus huevos, comiéndolas tan sólo cuando dejaban de producir. Algunos pollos, pavos o patos (de muy variadas especies según la zona) para las grandes ocasiones completaban al cuadró avícola. Modernamente se añadieron unos cuantos conejos, más exigentes respecto a la alimentación, por lo que los agricultores más pobres y los jornaleros salían en los ratos libres a buscar hierbas, «lechacinos», «amargones» y alfalfa silvestre por los caminos y ribazos. En muchos casos el corral se completaba con alguna cabra, para obtener leche (y el cabrito sacrificado en las ocasiones), e incluso algún cordero permutado con los ganaderos a cambio de «las hierbas».

La caza y la pesca. — Era un elemento de menor entidad (y por supuesto no practicado por todos) pero no por ello despreciable, pues suponía también un importante aporte proteínico de lo más saludable a la dieta. En este capítulo habría que incluir tantas especies aprovechadas, de las que hoy en muchos casos son despreciadas, en otros han desaparecido en numerosos pueblos, y en otros muchos están en trance de desaparición ante el asalto salvaje de la caza deportiva. Barbos, madrillas, truchas, anguilas incluso en ciertos parajes del Ebro, además de ranas, eran las especies más habituales entre la pesca. Codornices, perdices, liebres, conejos, jabalíes, torcos y los modestos pero suculentos y fáciles caracoles, entre la caza. Todo ello generó, además de una sana alimentación, multitud de maravillosos platos propios de cada pueblo y lugar. Para muchos jornaleros y agricultores pobres, las formas más simples de caza y pesca constituían muchas veces los únicos aportes cárnicos.

La producción agrícola. — La propia producción de la explotación familiar no era algo ajeno destinado únicamente a la venta, sino que debía servir además para la alimentación de la familia y el ganado. Precisamente el sistema ha necesitado de esta separación para poder introducir más fácilmente en el campo toda una amplísima, peligrosa y terrible gama de productos fitosanitarios. Tradicionalmente, lo que se vendía era lo que quedaba después de hacer acopio de alimentos para todo el año. Frutas y hortalizas conservadas mediante secado, salado o almibarado; patatas, maíz (para el ganado en ciertos casos, para el consumo humano muchas veces, en forma de cremosas «farinetas» o tortas); cebada; trigo, que se iba moliendo a medida que se precisaba, cuando el pan se hacía en casa (o se entregaba molido a los panaderos a cambio de vales para el pan del año); leguminosas grano (judías secas, habas, garbanzos, algarrobas, etc., hoy en muchos casos desaparecidas). Y lo mismo podemos decir de la vid (de la que se vendía la que quedaba después de pisar para el vino propio) o la aceituna (para la que había trujales comunales en muchos pueblos). En muchos casos, la producción propia servía incluso para atender, más saludablemente que hoy, a ciertos «vicios». Así, cuando faltaba el café, éste era sustituido por la propia cebada convertida en malta, y a falta de azúcar el «café» se cocía con unos pedazos de remolacha azucarera, endulzándose de forma simple y natural.

El huerto. — La especial designación de «hortelanos» para aquellos agricultores situados junto a pueblos grandes y ciudades, y especialmente dedicados a la producción de hortalizas con las que abastecer diariamente a la población urbana, no hace sin embargo privativo de este tipo de agricultores el cultivo de frutas, verduras y otras hortalizas de primor. Tradicionalmente, todo buen agricultor que se preciase dedicaba una pequeña parcela de su mejor y más cercana tierra rega-

ble, rara vez más de 1.000 m², a huerto; en muchos casos (según el poder de los ganaderos de lanar o según la menor o mayor abundancia de pobres «robahuertos») cercanos por altas paredes). El huerto es la quinta esencia de la agricultura, la encarnación del paraíso terrenal, el verdadero jardín del pueblo, y no es extraño así que en muchos países los jardines hayan sido sustituidos, en la planificación urbana, por huertos familiares. El huerto es, todavía hoy, y en aquellos pocos casos en los que se ha conservado (aunque afortunadamente, como veremos, vuelve a renacer con fuerza), el lugar donde el agricultor recupera su verdadero amor a la tierra; donde ésta es mimada y acicalada con materia orgánica en vez de abonos sintéticos; donde la hierba no es perseguida con venenos químicos. Los hombres jóvenes de la casa se ocupaban de las más importantes labores del huerto, y los abuelos lo visitaban cada día, para mimar planta por planta toda la futura producción. El huerto permitía, abrigado del viento y el frío con «bardos» de caña o muros de obra, abastecer de verduras, leguminosas en verde, frutas y hortalizas a la familia campesina durante casi todo el año (sólo el verano en las tierras más altas). **El huerto es sin duda uno de los ecosistemas no naturales más ricos y complejos que el hombre ha podido crear.** En él cientos de especies de plantas y animales se complementan y vivifican mutuamente, al servicio del agricultor hacendoso.

Todos estos elementos que conformaban la base de la alimentación de los agricultores han sido progresivamente abandonados a lo largo de los últimos veinte años, en perjuicio no sólo propio sino, como veremos, de toda la sociedad. Todo ello consecuencia de la creciente implantación en el campo del capitalismo más desarrollista con sus secuelas ideológicas, económicas y sociales.

La desaparición de los corrales ha respondido a variadas causas, entre las que cabría señalar, alternativamente (en unos casos se ha dado una, en otros varias a la vez):

- La institucionalización de la mujer del agricultor como ama de casa «moderna», a la que ni se lleva a trabajar a la explotación ni quiere poner corral en las nuevas casas, para evitar olores y suciedad.
- El trabajo de muchas mujeres fuera de casa, o, más a menudo, el trabajo domiciliario de calzado o textil, considerado más «limpio» y rentable que atender el corral.
- Influencias de la propaganda interesada contra ciertos animales de corral, a los que se acusaba desde las instituciones de transmisores de enfermedades. En concreto del cerdo y la cabra ha habido una persecución sistemática y organizada.
- La aparición de la ganadería ultraintensiva industrial que producía carnes y similares a bajos precios (pollos, cerdos, huevos, leche, etc.).
- La modificación de las normas alimenticias en la sociedad española, a la que se ha introducido, considerándolo como prueba imprescindible de «modernización», en el consumo diario de carnes o derivados.
- El aumento de la mecanización. En muchos casos, el espacio dedicado a corral hubo de desaparecer para alojar en él la empacadora, el basculante o el segundo tractor.

Frente a todas estas ofensivas, el corral poca resistencia pudo ofrecer, y fue desapareciendo en la mayoría de los hogares campesinos. Y los agricultores han pasado en masa a consumir exactamente las mismas carnes, en calidad y cantidad, que los habitantes de las ciudades. Pasando, consecuentemente, a consumir los mismos aditivos, conservantes, colorantes, hormonas, sucedáneos y venenos en general.

El porqué caza y pesca han dejado de ser componentes importantes en la dieta campesina, hay que buscarlo en razones variadas. La principal es, sin duda, la extinción más o menos absoluta de muchas de las especies, a causa del au-

mento desenfadado de la caza deportiva, para cuyo control no han servido evidentemente los cotos locales de caza. Pero también a causa del propio desarrollo de la agricultura y de los núcleos rurales. Esta sería la causa de la desaparición, por la contaminación de las aguas, de parte de la fauna de los ríos; así como de ciertas especies de aves por la contaminación de las tierras y el empleo masivo de productos fitosanitarios, que afectan fuertemente a la cadena trófica de muchas especies.

En estas circunstancias de escasez, la caza ha pasado a ser, también para los propios campesinos que antes obtenían de esta práctica proteínas, un deporte. Con el agravante de que, además, pueden practicarlo en muy menor medida que sus antepasados; los cuales, si bien realizaban en momentos determinados muy superiores esfuerzos a los de los actuales agricultores, tenían mucho más tiempo libre para dedicar a la caza o a otras actividades más o menos productivas.

La utilización de la producción agrícola propia para satisfacer las necesidades alimentarias de la familia es también algo que ha desaparecido, salvo en aquellos casos en que la producción es frutas u hortalizas. Por tres razones primordialmente. De un lado, la nueva especialización espacial a que el sistema ha conducido a la agricultura ha hecho prácticamente desaparecer cultivos que antes eran parte esencial de la dieta: olivo y leguminosas grano principalmente, entre otros. De otro lado, la irrupción hasta el fondo del mercantilismo ha hecho desaparecer ciertas economías de trueque, como el proceso que se daba de intercambio de harina por pan con los panaderos. Ahora todo lo que produce el agricultor **se vende** y prácticamente todo lo que se consume **se compra**. Por fin, una última razón habría que buscarla en el uso intensivo de productos fitosanitarios, verdaderos venenos para los alimentos que dificultan su ingestión directa. De forma que, al final se está dando una absurda contradicción, por la cual el agricultor no consume directamente lo que produce, por las razones señaladas, pero seguramente lo consume meses más tarde, después de que su producto ha sufrido diversos procesos industriales, sazonado ahora no sólo con los restos de fitosanitarios, sino con una más amplia gama de colorantes, conservantes, antioxidantes, estabilizadores, etc., todos ellos de origen químico.

Visto el proceso de desaparición o disminución de importancia de los elementos anteriores, no extrañará el consecuente proceso de desaparición que ha venido sufriendo el huerto agrario familiar. Falta de tiempo, baja rentabilidad, mil razones se han dado a sí mismos los agricultores que han abandonado el huerto. Al final, más engañados que nadie porque saben cómo se consiguen esos bellos productos, también ellos han sido cegados por las frutas y hortalizas organolépticamente perfectas de las tiendas y supermercados, y avergonzados de sus productos de hortelanía, sucios de barro y atacados por mil plagas, olvidando aquel viejo aserto que ellos mismos descubrieron, y por el cual el gusano, el caracol o cualquier insecto sólo ataca al fruto sabroso y saludable, mientras que difícilmente se acerca al que está emponzoñado por una vasta gama de fitosanitarios.

En suma, tras un penoso y largo proceso de «modernización», los agricultores han conseguido parecerse, en lo que a la alimentación se refiere, a las gentes de la ciudad. Con retraso, como siempre, porque ahora las gentes de la ciudad como quieren comer es como tradicionalmente se ha comido en el campo: de forma saludable y más frugal de lo que pueda parecer.

Así, los agricultores riojanos, desarrollados, con una capacidad adquisitiva superior a la media de los agricultores españoles, comen, según resulta de todas las consultas hechas en asamblea y reuniones con agricultores y mujeres, y entrevistas con médicos, en exceso y mal. En el apartado dedicado a las principales dolencias podremos ver cómo no pocas hunden sus raíces en una inadecuada alimentación, o son agravadas por ésta.

1.6.3. EL TRABAJO

El trabajo, además de una necesidad, un derecho o un deber, según se mire, es evidentemente un riesgo. En este sentido, el quehacer del agricultor es cada día más arriesgado a medida que ha ido incorporando a sus medios de trabajo la máquina que, además de la esclava, acaba siendo también la esclavizadora del hombre. El accidente de trabajo, la enfermedad profesional y la intoxicación profesional han ido adquiriendo una importancia cada vez mayor en el medio agrícola, dando de una vez al traste con el tópico de que el trabajo en el campo es salud. Por el contrario, al menos los agricultores riojanos están cada vez más achacosos como consecuencia de su trabajo.

El trabajo agrícola incide en la salud principalmente a través de tres procesos físicos: el desgaste biológico propio del esfuerzo físico y mental; el riesgo de accidentes, derivado del propio trabajo y de la introducción de elementos mecánicos y químicos extraños y muchas veces desconocidos; y en tercer lugar los factores externos que inciden en dicho trabajo, como son los fenómenos atmosféricos, y en general el entorno físico.

Desde que, en 1700, Ramazzini publicase su «De agrorum morbis», primer análisis conocido sobre las patologías profesionales de los agricultores, los estudios sobre el tema se han sucedido con desigual atención e interés, ya que éstos se han centrado en otras profesiones. De forma que resulta extremadamente difícil reunir documentación a este respecto. Las fuentes principales para la elaboración de este apartado han sido las propias consultas a los agricultores, las entrevistas personales con una docena de médicos rurales y los archivos de Higiene y Seguridad en el Trabajo.

1.6.3.1. El desgaste biológico

Veamos en síntesis cómo actúa el desgaste biológico propio del esfuerzo físico y mental en la salud. Para ello es necesario analizar previamente el proceso de trabajo de los agricultores que hoy componen la población activa agraria real. La mayor parte de éstos comenzaron a trabajar en la explotación agrícola o ganadera antes de los diez años, y en más de un 90 % podemos suponer que, de forma más o menos continua y mayor o menor intensidad, antes de los 12 años. Es decir, que comenzaron a forzar su cuerpo antes de que sus huesos estuviesen totalmente formados. Si a ello añadimos la gracia que para los mayores constituía ver a los niños competir con cargar tanto como el que más, o escardar a la misma velocidad que el resto de la cuadrilla, tendremos ya un primer elemento básico para el desgaste biológico: el sufrimiento y desgaste prematuro de los discos vertebrales, lo que asegura ya de antemano un futuro enfermo de columna. No es extraño así que las dolencias de columna (la «riñonera») comience a detectarse entre los agricultores más laboriosos antes de los 30 años. Un nuevo elemento que empeora las cosas es la tradicional competitividad entre los agricultores por el trabajo. La emulación es endémica, y cargar más que el otro, escardar o «esclarecer» más rápido, labrar más fanegas que el otro es algo que muchos agricultores persiguen continuamente, por lo que al natural esfuerzo del trabajo hay que añadir un esfuerzo suplementario.

Pero evidentemente son las propias características del trabajo agrario lo que genera un mayor destase biológico. Este tiene cuatro características que inciden principalmente:

Las posturas incorrectas prolongadas. — Estas se dan para casi todas las faenas manuales realizadas con azada, la plantación y recolección de hortalizas, la conducción del tractor, etc. En los últimos años se ha desatado una polémica sobre la mayor o menor influencia en las dolencias de columna del asiento del tractor o el azadón. Evidentemente, lo que se

da es una acción sinérgica, ya que casi todos los agricultores sufren ambas influencias por igual. En los últimos años, no obstante, se han introducido notables mejoras en los asientos de tractores y cosechadoras. Asimismo, los propios agricultores han ingeniado ciertos artefactos que suponen una importante corrección de ciertas labores, pero que curiosamente no han tenido la implantación deseable: tal podría decirse de la plantadora de pimientos, diseñada por un herrero-agricultor de un pueblo zaragozano, y que muy pocos agricultores han adoptado a pesar de su probada eficiencia.

El ritmo de trabajo. — Es realmente demencial. El agricultor se aplica a sí mismo tradicionalmente ritmos muy intensos, consecuencia de diversos elementos de carácter antropológico que han terminado por caracterizar de forma permanente el trabajo campesino. Así, cuando el trabajo se realiza en grandes cuadrillas, implantar un fuerte ritmo de trabajo era imprescindible para alcanzar una mínima productividad. De otro lado, la influencia atmosférica que obliga a aprovechar cortos períodos de tiempo para hacer ciertas labores urgentes. O los cortos plazos para otras actividades como limpieza de acequias. Además de la propia competitividad a que se ha hecho cumplida referencia. Y todo lo cual es aplicable al trabajo mecanizado. Con todo, el agricultor tiene siempre una suprema ventaja sobre otras actividades productivas organizadas con ritmos de trabajo, por cuanto en último término siempre puede pararse, si quiere, sin romper la mayor parte de las veces una cadena. De ahí que este elemento no tenga una influencia tan fuerte como otros.

Las vibraciones. — Consecuencia de la mecanización, afectan especialmente a los conductores de tractores y maquinaria agrícola, por lo que en este aspecto la patología es equiparable a la que presentan los trabajadores de la construcción u obras públicas. Los microtraumatismos continuados originan trastornos vasculares, articulares, óseos y tendinosos a que ya nos hemos referido. Si a las malas posturas habituales en tractores y cosechadoras (acentuadas cuando el conductor debe estar a la vez pendiente del resultado del trabajo) añadimos las vibraciones continuadas, entenderemos que el daño y el desgaste corporal sea mayor. De otra parte, las vibraciones afectan también al desgaste nervioso. Los puntos corporales más afectados son estómago y columna vertebral, por lo que afectan gravemente a los menores de 18 años, que por estar en fase de crecimiento pueden sufrir deformaciones vertebrales permanentes.

El ruido. — Herencia también de la mecanización, el ruido continuado producido por gran número de máquinas de aplicación en la agricultura (tractores, motocultores, cosechadoras, bombas para elevación de aguas, etc.) produce lesiones en el oído, que pueden llegar fácilmente a la sordera profesional, por la falta de protección y la duración prolongada de las tareas. Siendo lamentable el escaso conocimiento de esta patología, no existiendo en la actualidad estadística alguna que la refleje. Esta sordera no es recuperable ni aun por las técnicas modernas. La lesión, bien estudiada en los obreros de industrias ruidosas, está comenzando a aparecer en algunos agricultores, pues hay máquinas de las utilizadas por éstos que durante su funcionamiento producen ruidos de más de los 80 ó 90 decibelios, que se estiman como límite superior en la intensidad de un ruido para que éste cause lesiones duraderas. Si la intensidad se eleva a 100-110 decibelios, se produce además un aumento de la frecuencia cardíaca y de la respiración, elevando notablemente las cifras de presión arterial. Y en este sentido cabe señalar que el tractor agrícola se halla en el nivel sonoro de 100-110 decibelios, encontrándose entre 90 y 110 la mayoría de las máquinas utilizadas en la agricultura.

En suma, la acción sinérgica de todos estos elementos reseñados causa en el agricultor un fuerte desgaste biológico que acarrea serias dolencias que, en no pocos casos, conducen

a la incapacidad para el trabajo. Sin embargo, la atención de la Administración a este respecto no está proporcionada al riesgo real que el agricultor soporta. En este sentido, las deficiencias más importantes en lo que a prevención y atención se refiere serían las siguientes:

- Inexistencia de una política educacional de carácter preventivo, que sirviese para explicar todas estas cuestiones a los agricultores, y motivarles sobre cuestiones claves como el trabajo o la conducción de maquinaria por menores.
- Inexistencia de políticas de investigación y experimentación sobre estas cuestiones, más importantes para el agricultor que muchas mejoras genéticas o similares. No conocemos de ninguna línea de investigación de organismos dedicados a ello que atienda a conseguir mejoras en el diseño de materiales, herramientas o maquinarias, dependiendo cualquier mejora exclusivamente de las empresas privadas que los fabrican, o de algún ingenioso y desocupado herrero de pueblo.
- Tratamiento discriminatorio para los agricultores, en lo que se refiere a enfermedades y dolencias profesionales, respecto a otros sectores laborales. La política de invalideces por enfermedad es altamente negativa. Y el oscurantismo respecto a estos temas es total, habiéndose sido imposible obtener datos de algún interés en el INSS.

1.6.3.2. El riesgo de accidentes

La existencia de accidentes en la agricultura no es algo nuevo, aunque en los últimos decenios la cuestión a este respecto se ha complicado notablemente. Y no sólo no es nueva, sino que tradicionalmente el número de accidentes que derivaban en graves dolencias, e incluso en la muerte, era relativamente elevado. Las deficientes condiciones higiénicas y sanitarias que se daban en el medio rural conducían fácilmente al fatal desenlace, muchas veces a raíz de accidentes de mínima importancia. El tétanos, la gangrena, otros tipos de infecciones derivados de cortes eran relativamente habituales. Las pérdidas de diversos miembros del cuerpo no lo eran menos. No es extraño que en los Estados Unidos, único país del que se conocen estadísticas fiables a este respecto, todavía en 1954 el número de accidentes de trabajo mortales era muy superior en la agricultura a ningún otro sector laboral.

La gama de posibles accidentes en la agricultura tradicional era muy extensa, y entre ellos podemos destacar los más habituales:

Caidas: de árboles, podando o recolectando fruta; de caballerías, por vuelco de carros, de remolques cargados o pajaras, etc.

Cortes e incisiones: con hachas, azadas, sierras, hoces, guadañas, navajas podadoras, etc...

Golpes y contusiones: causados por animales, aparejos y herramientas, etc...

Con la introducción masiva de nuevos elementos en la agricultura, las posibilidades de accidentes leves, graves o mortales se han multiplicado enormemente, a pesar de que las condiciones higiénico-sanitarias en el medio rural hayan mejorado de forma notable. De esos nuevos elementos son la maquinaria y los productos fitosanitarios los que más peso han alcanzado. Aquí nos ocuparemos casi exclusivamente de la maquinaria, por cuanto los aspectos de los productos fitosanitarios que se refieren a la salud han sido tocados de alguna manera en el subcapítulo «Usos y abusos de los fitosanitarios».

En la ponencia titulada «La mecanización agrícola: riesgos derivados del factor humano y del factor técnico», presentada en el I Congreso Nacional de Medicina Social Agraria y Prevención de Riesgos Forestales en el Campo (Madrid, 1966) se planteaban las siguientes premisas básicas sobre la relación entre el agricultor y la máquina:

1. — «El aprovechamiento máximo de los momentos oportunos para los trabajadores agrícolas implica muchas veces alargar la jornada, disminuyendo la capacidad de atención del obrero y aumentando su fatiga física y psíquica.
2. — Este mismo factor conduce en muchas ocasiones (recolección, por ejemplo) al trabajo nocturno con medios insuficientemente iluminados.
3. — La complicación mecánica de muchas máquinas de recolección requiere una atención muy dividida y gran capacidad de reacción en el conductor.
4. — La gran capacidad física necesaria en los trabajadores agrícolas es un riesgo para el conductor que sobrepasa en muchas ocasiones su límite de seguridad.
5. — Los motores, cada vez de mayor potencia, y el gran número de transmisiones y elementos mecánicos en juego de muchas máquinas producen fuerte ruido, así como los pequeños motores de motocultores, pulverizadores, sierras y abrehoyos manejados en proximidad con el cuerpo dan vibraciones de alta frecuencia.
6. — Las máquinas agrícolas carecen de suspensión adecuada, que queda reducida a la que proporcionan los neumáticos de baja presión y la posible amortiguación del asiento y se mueven por terrenos ásperos y a la mayor velocidad compatible con su potencia y labor, produciendo fuertes traqueteos al conductor.

7. — El polvo de la tierra seca removida, el del de la recolección y el de los productos químicos utilizados en los tratamientos contra las plagas, producirán efectos perjudiciales de diferentes órdenes que deben investigarse y atajarse.
8. — Las masas, en ocasiones voluminosas, de muchas máquinas agrícolas y remolques y su baja velocidad relativa en las vías de tráfico ordinario, pueden producir graves accidentes que es necesario prevenir.»

Sin embargo, a pesar de que hace casi veinte años, en pleno apogeo de la mecanización, que se celebró dicho Congreso, no se ha evitado que los agricultores pagasen caro, con muchas vidas inclusive, el proceso de «modernización» de la agricultura española. Y todavía lo siguen pagando. Al gran número de accidentes que la agricultura tradicional produce se han sumado los derivados de la mecanización. En las páginas que siguen veremos cómo todo esto está incidiendo en la Rioja.

De principio cabe decir que hoy por hoy la agricultura es en España, junto con la construcción, la actividad más peligrosa entre todas las que componen el abanico laboral. En el cuadro siguiente aparecen para los años 1976, 1977 y 1980, de los que hemos obtenido datos, los cinco sectores laborales con mayor accidentalidad, ordenados de más a menos.

Siniestros totales con baja acacidos en el centro de trabajo

	1976	1977	1980*
Primer sector	Construcción	Construcción	Industria transform. de metales
Segundo sector	Agricultura	Fábricas de producción metálica	Otras industrias manufactureras
Tercer sector	Fábricas de producción metálica	Agricultura	Construcción
Cuarto sector	Alimentación, bebidas, tabaco	Comercio, restaurantes, hostelería	Agricultura
Quinto sector	Metalurgia	Alimentación, bebidas, tabaco	Comercio, restaurantes, hostelería y reparaciones
Siniestros graves			
Primer sector	Construcción	Construcción	Agricultura
Segundo sector	Agricultura	Agricultura	Construcción
Tercer sector	Transportes y comunicaciones	Fábricas de producción metálica	Otras industrias manufactureras
Cuarto sector	Fábricas de producción metálica	Transportes y comunicaciones	Industria transformación de metal
Quinto sector	Comercio y hostelería	Banca, seguros y servicios	Transportes y comunicaciones
Siniestros mortales			
Primer sector	Construcción	Construcción	Agricultura
Segundo sector	Transportes y comunicaciones	Transportes y comunicaciones	Construcción
Tercer sector	Agricultura	Agricultura	Transportes y comunicaciones
Cuarto sector	Industrias extractivas	Pesca	Industria transformación metales
Quinto sector	Fábricas de producción metálica	Banca, seguros y servicios	Comercio, restaurantes, hostelería y reparaciones

* En 1980, Higiene y Seguridad en el Trabajo cambió las agrupaciones de ramas de actividad.

La situación es más grave si tenemos en cuenta que, si bien el índice de siniestralidad respecto del total es equivalente a su peso en el conjunto de la población activa española (en torno a un 12 %), el porcentaje de accidentes graves (20,9 %) y mortales (20,7 %) es, en 1980, muy superior. Como veremos, esa peligrosidad no se corresponde tampoco con la mínima atención que la Administración Sanitaria y Laboral dedican a la agricultura a este respecto, frente a otros sectores míticos, pero objetivamente menos peligrosos (como el metal o el transporte).

Diversas investigaciones y trabajos recientes permiten conocer cómo se manifiesta, a nivel nacional, esta siniestralidad de la agricultura, que anualmente provoca más de 60.000 accidentes y cerca de dos centenares de agricultores muertos en toda España. El 27 % de los accidentes (según estudios del Servicio de Higiene y Seguridad en el Trabajo para 1980) son consecuencia de golpes por los útiles de trabajo, por su mala utilización o estado defectuoso, junto con los golpes por obje-

tos o productos agrícolas durante su manipulación. El 16 % son caídas por resbalones o tropiezos, consecuencia de los accidentados terrenos agrícolas, agravados por la movilidad que requieren los trabajos realizados en el campo. El 15 % de los accidentes son sobreesfuerzos, originados por el manejo de cargas excesivamente pesadas o por su deficiente manipulación. Al parecer, este porcentaje viene aumentando todos los años, debido sin duda al envejecimiento de la población activa agraria, puesto que las personas mayores son más propensas a sufrir esguinces y lumbalgias. El 11 % son debidos a caídas desde altura, árboles sobre todo, dado que muchos trabajos agrícolas se realizan en lugares elevados, sin la protección y precaución debidas. Otros accidentes típicos son los atrapamientos por o entre objetos, los choques contra obstáculos, la proyección de objetos, etc. Los Servicios de Seguridad e Higiene en el Trabajo atribuyen a fallos humanos (esto es, que son culpa de los propios agricultores) la mayoría de los accidentes: conductas y hábitos de trabajo peligrosos, temeridades

innecesarias, ausencia de equipos de protección personal, etc.

Con respecto a los accidentes de mayor gravedad y especialmente a los mortales, en casi el 60 % de los mismos interviene alguna máquina, el tractor más a menudo que ninguna otra (con casi un 40 % del total de víctimas). El accidente de tractor que ocasiona más muertes es el vuelco. La gravedad de este tipo de accidente es mayor si tenemos en cuenta que, de los casos de vuelco controlados, al menos la cuarta parte suelen conducir a la muerte del tractorista. Los atropellos por máquinas y los atrapamientos por sus órganos móviles suponen casi un 30 % de los accidentes mortales. Y en este sentido difícilmente puede acusarse al agricultor de indebido manejo cuando podemos comprobar fácilmente árboles de transmisión, poleas y engranajes sin proteger, en máquinas recién compradas; remolques de gran capacidad sin un buen y eficaz sistema de frenos, etc. Baste recordar el gran número de amputaciones y muertes que al principio de la pasada década produjeron los recién introducidos (de forma masiva) motocultores, cuyos rotovatores conectaban directamente a la transmisión, funcionando también cuando la máquina iba marcha atrás. Con lo que cualquier tropiezo o caída del conductor suponía inevitablemente una verdadera carnicería. La corrección de ese grave error de diseño, así como la obligatoriedad de cabinas de seguridad para los tractores de ruedas, han supuesto en este sentido importantes mejoras de la seguridad del agricultor, pero son insuficientes.

Otro elemento de gran importancia son las averías. Atenazados por los exageradamente altos precios de los talleres de reparación, los agricultores se ven impelidos en no pocos casos a intentar arreglar por su cuenta ciertas averías, en base a unos superficiales conocimientos adquiridos en algún cursillo del PPO y a su conocimiento empírico de la máquina; lo que en muchas ocasiones acaba también en graves accidentes.

La ingestión de sustancias nocivas, generalmente productos fitosanitarios, viene a suponer, aunque la cifra es cada vez mayor, casi un 10 % de los accidentes mortales, siguiendo las muertes por descargas eléctricas, o los causados por animales.

En la distribución de los accidentes según las distintas partes del cuerpo afectadas, se encuentran las MANOS como la zona que funciona más a menudo, con un 25 % del total de accidentes. A continuación aparecen las PIERNAS, con el 17 %, el TORAX, con el 12 %, y los PIES y BRAZOS, con porcentajes superiores también al 10 %. Lo que hace que las extremidades en su conjunto agrupen más de la mitad de las

lesiones profesionales. Por el contrario, en el caso de los accidentes mortales, las lesiones múltiples, es decir, las que afectan a varias zonas del cuerpo, el cráneo, los órganos y sistemas internos y el tórax son las partes del cuerpo que sufren la mayoría de los daños que ocasionan la muerte del agricultor.

En estas circunstancias no es extraño que en 1980 se perdieran en la agricultura española más de tres millones de jornadas de trabajo, lo que supone un promedio por accidente de 59 días de baja. Si ello era así hasta la actualidad, sin derecho de los agricultores a percepción alguna por baja laboral (lo que les impelía a volver al trabajo antes de lo que el completo restablecimiento exigiría), habrá que ver los datos reales, que podemos observar ahora que los agricultores han conquistado el derecho a la baja.

En la Rioja las características son lógicamente muy similares a las del conjunto nacional, tanto en la importancia de los accidentes en la agricultura respecto a otras ramas, como en el volumen de accidentados en relación a la población activa real (en torno a un 4,5 % de los activos agrarios reales se accidentan al cabo del año con baja). Así y todo, se aprecia, de tomar como buenos los datos de Higiene y Seguridad en el Trabajo, un importante descenso en el número de «accidentes con baja en el centro de trabajo» a lo largo de los últimos años.

Año	1976	1977	1978	1979	1980
Accidentes	1.013	675	822	535	455

Parece como si los agricultores riojanos hubiesen iniciado así un cierto dominio de la maquinaria que se les ha impuesto. En muchos casos son ya dos generaciones de mecanización. Los jóvenes agricultores han aprendido a llevar el tractor con poco más de 10 años de edad. Han hecho cursillos de mecánica con el PPO, saben observar en los talleres y, en suma, han crecido en un mundo mecanizado al que se han adaptado más fácilmente que sus padres.

En el cuadro siguiente se recoge la evolución, de forma más detallada, incluyendo, además de accidentes, los partes de enfermedades profesionales, con baja y sin baja (de 1979 a 1981 no se recogen los que no implican baja). Se incluyen aquí los apartados de Producción Agrícola, Producción Ganadera y Servicios Agrícolas y Ganaderos, aunque el peso aplastantemente mayoritario corresponde a Producción Agrícola.

Año	Con baja						Sin baja			
	Leves		Graves		Mortales		Total		Accidentes	Enferm. profes.
	Accidentes	Enferm. profes.	Accidentes	Enferm. profes.	Accidentes	Enferm. profes.	Accidentes	Enferm. profes.		
1976	972	—	22	—	5	—	999	—	186	—
1977	694	2	16	—	7	—	717	2	144	—
1978	804	2	18	—	6	—	828	2	135	—
1979	556	—	2	—	5	—	563	—	—	—
1980	443	—	20	—	1	—	464	—	—	—
1981*	292	—	18	—	1	—	311	—	—	—

* Hasta septiembre.

Como se ve, el descenso es evidente, aunque desciende en menor proporción el número de accidentes graves. Destaca asimismo la práctica inexistencia de partes de baja por enfermedad profesional; ello es muestra de la poca atención que la Administración presta a este sector laboral.

Si nos detenemos a analizar con mayor detalle el período más reciente, podremos entender la importancia que la maquinaria ha tenido en la siniestrabilidad agrícola. Tomando el período que va del 1-6-1981 al 31-6-1982, se han analizado

detalladamente todos los partes, con los resultados que se expresan en los cuadros siguientes.

Si observamos el primer cuadro, obtendremos conclusiones de cierto interés. Así, mientras en términos absolutos los accidentes graves y muertes representan el 18 % del total de accidentes (lo cual ya es mucho, si tenemos en cuenta que a nivel nacional el porcentaje no alcanza el 4 %, siendo el de mortales de un 0,28 %) si recorremos los distintos tipos de siniestrabilidad, veremos que en no pocos casos el desenlace obligado es

Formas de producirse los accidentes laborales en la agricultura (período: 1-6-81 al 31-6-82)

Clase Forma	Leve		Grave		Mortal		Total	
	N.º	% sobre total	N.º	%	N.º	%	N.º	% sobre total gral.
Atrapado por movimiento imprevisto de maquinaria	6	86	1	14	—	—	7	3
Manipulación de productos tóxicos	—	—	1	100	—	—	1	0,4
Atrapado por vuelcos de máquinas	1	14	3	43	3	43	7	3
Accidente de circulación	4	40	5	50	1	10	10	4
Causados por animales	7	78	2	22	—	—	9	3
Manipulación de máquinas, atropellos, atrapados, golpes, cortes, otros de máquinas	45	76	12	21	2	3	59	22
Sobreesfuerzos	9	100	—	—	—	—	9	3
Golpes y cortes por herramienta manual	25	83	5	17	—	—	9	3
Golpes y pinchazos con objetos (ramas, piedras, otros)	63	95	3	45	—	—	66	24
Caídas distinto nivel	41	85	7	15	—	—	48	18
Caídas mismo nivel	11	100	—	—	—	—	11	4
Caídas de objetos	5	63	3	37	—	—	8	3
Quemaduras	3	75	1	25	—	—	4	2
TOTAL	220	82	43	16	6	2	269	100

la gravedad o la muerte. Así ocurre en el apartado de atrapamientos por vuelco de máquina, accidentes de circulación o manipulación de productos tóxicos.

Si de este cuadro desglosamos los apartados en los que la

maquinaria es protagonista directa del accidente, las conclusiones son más graves. Así, mientras los accidentes de este tipo tan sólo suponen un 31 % del total de accidentes, incluyen sin embargo a la totalidad de accidentes mortales y al 49 %

Influencia de la maquinaria en los accidentes

Tipos de accidente	Leve	%	Grave	%	Mortal	%	Total	%
Accidentes con intervención de maquinaria	56	67/25	21	25/49	6	8/100	83	100/31
Sin intervención de maquinaria	164	88/75	22	12/51	—	—	186	100/69
TOTAL	220	100	43	100	6	100	269	100

de los graves. Paralelamente, entre los accidentes con intervención de maquinaria, el 33 % tienen consecuencias graves o mortales.

En el cuadro siguiente se recogen los accidentes clasificados por porcentajes, en función del lugar donde ocurrieron. Según se desprende del cuadro, tan sólo un 9 % de los accidentes se producen en el camino. Sin embargo, es en el camino («in itinere») donde se producen el 67 % de los accidentes mortales; mientras que de los graves alcanzan también el 21 %. Tan sólo un 6 % de los leves se dan en el camino.

Porcentaje de gravedad de los accidentes

	Leves	Graves	Mortales
Producidos e el campo trabajando o preparando maquinaria en casa	87	12	1
In itinere	52	31	17

Si analizamos la evolución a lo largo del año de cada tipo de accidentes, puede observarse que, en lo que se refiere a accidentes de carácter leve, el mayor número de partes de accidentes se dan en los meses del otoño e invierno, no habiendo prácticamente ninguno en el verano y pocos en la primavera. Esta evolución en el tiempo no habría que interpretarla, en términos reales, de ese modo. Lo más probable es que en el verano el número de accidentes leves sea similar al otoño e invierno. Pero, ante la urgencia de las labores de la estación, y la poca importancia que los agricultores dan a los accidentes leves, éstos ni siquiera tienen tiempo en esos días de ir al mé-

dico, autocurándose a base de mercurina y linimento y tirando como pueden. La evolución de los accidentes graves y mortales (que si requieren dejar las labores, por mucha urgencia que éstas tengan) nos invita a reafirmarnos más en tal hipótesis. Pues los accidentes graves se reparten de forma más o menos homogénea a lo largo de todo el año. Y, aún más, los accidentes mortales es precisamente en el verano, y parte de otoño e invierno, cuando se dan. Esto es, cuando más movimiento de maquinaria se da: recolección de cereales, vendimia y preparación de los terrenos para la siembra. En líneas generales, la evolución de accidentes a lo largo del año en la Rioja es muy similar a la que se da a nivel nacional.

1.6.3.3. Otras influencias: clima, fenómenos atmosféricos, etc.

Otro elemento de riesgo derivado del trabajo del agricultor es el que tiene relación con el entorno físico y químico en que se desenvuelve. El constante trabajo al aire libre, sin dejar de ser una fuente de salud, puede llegar a ser, y lo es en muchos casos para los agricultores, una interminable serie de problemas y dolencias. Si algo está poco estudiado en la agricultura, fuera de los tópicos de reumas, es este tema, sobre el que no hemos podido recoger información de calidad. De forma empírica vamos a enumerar toda una serie de elementos de ese entorno en que se desarrolla el trabajo del agricultor, y que contribuyen a agotar su salud en la misma medida que el propio desgaste biológico derivado del esfuerzo físico o los accidentes de trabajo. Y, como en cualquier fenómeno físico, la acción sinérgica de esas tres fuerzas negativas puede ser evidentemente destructiva para el agricultor.

Veamos cómo actúan los más importantes elementos físicos a que nos hemos referido:

- **La temperatura.** El agricultor debe adaptarse al trabajo en cualquier temperatura, por cuanto así lo requieren los cultivos: desde la recolección y limpia de remolacha (que aunque ahora está mecanizada, hasta hace poco se hacía totalmente a mano: cavarla con gachos, limpiarla con la cuchilla, cargarla con la espuerta), que puede tocar hacerlo a bajo cero grados, hasta la recolección del trigo o cebada, que puede llegar a hacerse a más de cuarenta grados de temperatura. En muchas ocasiones, deben soportarse incluso bruscos cambios de temperatura a lo largo de un mismo día.
- **El viento.** Es uno de los grandes enemigos del agricultor. Hay vientos considerados como verdaderamente traicioneros, que antiguamente llevaban muchas veces a la pulmonía y la muerte. Además de obligar a doblar el esfuerzo, el viento perjudica de otras formas al agricultor, sobre todo cuando es frío. El moderno desprecio de los jóvenes agricultores a las fajas, por otra parte, acentúa los problemas. Suelen causar también importantes problemas en los ojos, en los que empujadas por el viento se introducen muy a menudo briznas de hierba o tierra.
- **El polvo.** Consecuencia directa del viento, pero multiplicado actualmente por el trabajo mecánico. Los perjuicios para el sistema respiratorio del continuo respirar polvo pueden llegar a ser graves, aunque «sólo» sea de tierra o cebada.
- **El agua.** El agua es a la vez, y contradictoriamente, la vida y la muerte del agricultor. Necesita de ella tanto como de su propia sangre, para mantener en riego las tierras, pero a la vez es causa de no pocas de sus enfermedades. Aunque el agricultor ya no sufre las grandes dolencias epidemiológicas que antes se transmitían a través del agua de riego, no por ello ha dejado de pagar cara su relación con el agua. El prolongado contacto con este elemento, sobre todo durante las épocas de riego, y a veces con medio cuerpo introducido en la acequia, es origen de muchas de las dolencias de origen reumático. El riego de invierno en muchas zonas altas de regadío eventual, con el agua casi a cero grados, es otro elemento incommensurable. Las propias aguas de lluvia, en invierno o verano, afectan no poco, sobre todo cuando la precipitación es pequeña y hay que seguir trabajando bajo las gotas porque corre prisa recoger antes de la lluvia fuerte.
- **El sol,** que hace saludables a los agricultores, también les perjudica. Muchos agricultores evitan el exceso de luz con gafas de sol que deben de llevar permanentemente, sin ninguna calidad, lo que a la larga les causa problemas visuales serios. Pero la acción más peligrosa del sol son las quemaduras que en bastantes ocasiones provoca en la piel, y que a veces conduce a complicadas infecciones. El exceso de exposición continuada al sol provoca a no pocos agricultores, en la vejez, serios problemas cancerígenos en la piel.
- **Los rayos.** Sobre todo entre los ganaderos, los rayos son culpables de no pocas muertes entre el campesinado. La mala costumbre de muchos pastores de andar en plena tormenta con el transistor en marcha y la antena en su máxima longitud ha sido en ocasiones la causa directa de su muerte. Pero no hace falta llevar transistor para caer carbonizado por un rayo.

Otros muchos fenómenos físicos y atmosféricos causan también problemas de salud, aunque de menor entidad, a los agricultores. Entre ellos habría que hablar de la nieve, el hie-lo, la escarcha, las inundaciones, etc. Sirvan los reseñados, sin embargo, como una primera aproximación.

1.6.4. EL MEDIO AMBIENTE

Junto a todos los aspectos relacionados con la alimentación y el trabajo, a los que hemos pasado revista, también constituyen una importante base para conocer los estados de salud del agricultor aquellos elementos que constituyen el medio en que se desenvuelve su vida; esto es, el medio ambiente social.

Las conclusiones de la cuarta ponencia («Salud en la población agrícola») del ya citado primer Congreso Nacional de Medicina Social Agraria, celebrado en el ya lejano año 1966, señalaban:

- 1.º *El estado de salud de la población agrícola es aquel en que se posee un completo bienestar físico, mental y social, al alcanzar el hombre del campo un equilibrio con el medio que le rodea.*
- 2.º *La población agrícola española se encuentra en desequilibrio con su medio físico y con medio biológico, toda vez que ni su vivienda, ni su alimentación, ni las instalaciones higiénicas locales cumplen los requisitos sanitarios de nuestra época.*
- 3.º *La población agrícola española está en desequilibrio con su medio social porque no encuentra en él las condiciones necesarias para el pleno desarrollo de su personalidad. Las manifestaciones de este desequilibrio son, entre otras, la incultura, la falta de formación profesional, las escasas posibilidades de hacer frente a su necesidad de trabajar y, en consecuencia, su emigración, la falta de atractivo en sus posibilidades de ocio, su aislamiento y la insuficiencia y deficiencia de los servicios médicos asistenciales de que dispone.*
- 4.º *El hombre del campo es el más sufrido protagonista del trascendental proceso de transformación que se está operando en el medio agrícola y pide angustiosamente la ayuda de una colectividad nacional a la que siempre ha servido con todos sus esfuerzos.*
- 5.º *El hombre del campo español necesita del esfuerzo coordinado de todas las Instituciones y Organismos que con él se relacionan, a fin de poder alcanzar el bienestar en que consiste la salud, de poder estar defendido frente a las enfermedades previsibles, de poder recibir la adecuada asistencia sanitaria con motivo de enfermedad, de accidente y en el momento de nacer, y de poder rehabilitarse para el servicio comunitario, cualquiera que sea la causa —patológica o socio-económica— de su incapacidad.»*

Tras el largo período de «modernización» y adaptación del agricultor a las estructuras capitalistas modernas que han configurado el Estado español, no puede decirse que ese medio ambiente social en que se circunscribe la actividad agraria haya mejorado sustancialmente, al menos en algunos aspectos.

En lo que se refiere a higiene y viviendas, la mejora ha sido notable. La inmensa mayoría de los agricultores riojanos ha renovado sus viviendas a lo largo de los últimos 20-30 años, convirtiendo éstas (las más de las veces construidas de nuevo) en estancias espaciosas y saludables; bien oreadas y soleadas; separadas de las dependencias agrícolas y sobre todo del ganado (aunque en diversas zonas de la Sierra perviven formas de hábitat simbiótico hombre-bestias, causante de numerosos problemas higiénico-sanitarios); con calefacción en muchísimos casos. Aunque, influidos como en todo por la perniciosa publicidad, han abandonado muchos de los elementos positivos de sus antiguas viviendas (cocinas económicas, estufas de leña, aislamiento térmico, etc.) en aras de la modernidad, lo que hoy les conduce a continuos cambios, reformas y mejoras en sus modernas casas, en las que introducen elementos tradicionales. Parece que pasa incluso la ola de modernismo, y las nuevas construcciones rurales buscan la simbiosis de todo lo que de interés puedan tener tanto la construcción tradicional como la moderna.

Por su parte, la sanidad ha sido también mejorada sustancialmente, aunque quizás no en los términos debidos. Prácticamente todos los pueblos riojanos cuentan con médico, en el propio pueblo o en el vecino; se han construido centros comarcales de salud en las ciudades agroindustriales más impor-

tantes de la región; se han introducido mejoras en la Seguridad Social Agraria, aumentando las prestaciones. De forma que, aunque los agricultores están cada vez menos sanos, pueden en ciertos casos salvarse de la muerte tras un accidente grave, y desde luego casi nadie se muere ya de pulmonía. Con las salvedades que habría que hacer si analizásemos en profundidad los mitos y realidades de la medicina moderna, labor en la que no vamos a entrar aquí (salvo para señalar el peligro de drogadicción a ciertas sustancias farmacéuticas en que muchos agricultores están cayendo: frenadoles, optalidones, etc.), hay que concluir en este sentido que se han dado importantes avances cuantitativos en la medicina y la Sanidad Rural.

Pero hay otros muchos elementos en el entorno en que se mueve el agricultor cuya perniciosa influencia reduce a la nada las mejoras en vivienda, higiene y sanidad. El agricultor español, y especialmente el de regiones agrarias de vanguardia, como la Rioja, ha entrado en los últimos 20 años en una vorágine capitalista que le ha conducido a sufrir a menudo estados emocionales perniciosos que tradicionalmente se consideran exclusivos de los habitantes de la ciudad: ansiedad, ambición, frustración permanente, envidia, prisa... En suma, el conocido «stress», del que, sin llamarlo de este modo, nos hablaban los agricultores en tantas asambleas, al decir que «se nos vuelven los sesos agua». El agricultor, acostumbrado a sistemas de producción, distribución y consumo muy simples, se ha visto envuelto en una ola de letras de cambio, políticas de precios, créditos, proyectos, avances tecnológicos, etc., a los que forzosamente ha debido adaptarse. Lo que no se ha podido hacer sin choques y traumas.

Junto a ello, otras «mejoras» de la vida moderna han hecho su irrupción en el mercado rural, causando verdaderos estragos. La adaptación, por ejemplo, del campesinado al automóvil ha requerido cientos de muertos, la mayor parte jóvenes, e innumerables accidentes de tráfico. Actualmente, y contrariamente a lo que se supone, el joven rural utiliza más el automóvil y tiene mucha más movilidad que el joven urbano. Las nuevas pautas consumistas han hecho también mella en el campesinado, que se ha lanzado, al tenor de los anuncios televisivos, como un «primo» más, a por la ropa más blanca, el automóvil más potente, el televisor de mejor color, la lavadora más automática, etc. Lo que ha multiplicado las situaciones de stress. A la angustia del ciudadano medio urbano (angustia derivada del trabajo y del consumo) se le une al agricultor la angustia de ser empresario, tener que funcionar como tal, siendo pobre (respecto a los empresarios «de verdad» de cualquier otro sector, o aun de la misma agricultura).

Si a todo ello añadimos una mayor renta y disponibilidad monetaria, nos encontramos como explicables el elevadísimo consumo de tranquilizantes, el creciente alcoholismo detectado en algunas zonas y la introducción incluso de ciertas drogas entre los agricultores jóvenes.

1.6.5. APROXIMACION A ALGUNAS DE LAS PRINCIPALES DOLENCIAS Y ENFERMEDADES DE LOS AGRICULTORES RIOJANOS

Como síntesis de todo lo visto hasta el momento, podemos concluir que el agricultor tipo riojano es un ciudadano que se alimenta mal, trabaja demasiado y con un elevado riesgo, y se mueve en un mundo que no está hecho a su medida. Lo que conduce a una ausencia permanente de salud, física y mental. Aunque para el agricultor uno no está enfermo hasta que no se encuentra incapacitado totalmente para el trabajo (y aún hay muchos incapacitados que se empeñan en seguir trabajando en exceso, aunque con ello acorten sus años de vida), es evidente que la salud del agricultor riojano es bastante baja.

Sería del máximo interés que las autoridades sanitarias regionales elaborasen un estudio a fondo sobre la salud de los agricultores, de lo que todo este capítulo no son sino aproxima-

ciones. De tal estudio saldrían toda una serie de enfermedades que podríamos caracterizar como profesionales. Aquí hemos intentado apuntar una síntesis de las características de aquéllas sobre las que hemos podido recoger una mínima información.

Según las consultas realizadas a médicos rurales, y la información obtenida en asambleas de agricultores, las patologías más comunes que encontramos en la agricultura riojana son:

- Reumatismos en sus distintas variedades
- Problemas en bronquios, asmáticos
- Problemas cardiovasculares (arterioesclerosis)
- Fiebres maltas-brucelosis
- Neurosis

Las afecciones del aparato locomotor, huesos y músculos (lo que se manifiesta como reuma) destacan entre las más corrientes con diferencia. El agricultor las sufre prácticamente desde su juventud. Se localizan comúnmente en la columna vertebral, y dentro de ésta en la zona lumbar entre la tercera y la quinta vértebra. Hemos de decir que el reumatismo no es una enfermedad específica del agricultor, sino que aqueja en nuestra sociedad a un elevado número de personas independientemente del trabajo que realizan, debido a la degeneración del sistema inmunológico que produce el tipo de vida actual. Pero dado que el objeto de este estudio se refiere explícitamente a la agricultura y por consiguiente a los agricultores riojanos, nos ceñiremos a narrar lo que a éstos aluda a la hora de describir la enfermedad y las causas más importantes que, a nuestro modo de ver, dan lugar a la misma. Esta se manifiesta, como ya se ha indicado, desde la juventud del agricultor; al principio tomando como referencia la edad de 30 años aproximadamente, en forma de procesos inflamatorios. Conforme aumenta la edad del agricultor el mal va degenerando produciendo desgaste en las articulaciones y en los músculos. Puede parecer exagerada la edad señalada a partir de la cual comienzan a aparecer síntomas reumáticos; es así, según hemos podido ver a través de nuestro trabajo de campo, en las entrevistas realizadas a médicos e incluso a través de los propios agricultores en las reuniones que con ellos hemos tenido; unos y otros consideran el reuma en sus formas (artrosis, lumbalgias o artritis) la enfermedad más importante que padecen y son muchos los que a los cuarenta años ya tienen que usar fajas terapéuticas, por degeneración de los discos intervertebrales.

Las razones que dan lugar a este tipo de afecciones degenerativas son:

- Brucelosis, que como veremos más adelante tiene una incidencia significativa en la Rioja.
- Régimen alimenticio inadecuado: sobrealimentación, exceso de grasas, alimentos insanos en general.
- Problemas anímicos, stress...
- El clima, aunque no es de gran significación.
- Comienzan a trabajar muy pronto.
- Postura viciada con el trabajo.
- La azada y el tractor.

Las razones señaladas son únicamente un apunte, ya que en la actualidad no hay criterios que definan al origen de los reumas, y por tanto sólo se pueden decir como causas aproximadas aquellas que la intuición, ayudada del conocimiento empírico y del buen sentido común, muestran.

Los efectos que el padecimiento de reumatismo produce en los agricultores son de tipo físico y de tipo económico. Es sabido que la medicina actual no tiene remedios para la cura de este mal y que una vez contraído, éste va avanzando, lenta pero progresivamente. La incidencia que tiene en el agricultor se agrava por las características de su trabajo, de tipo físico muy duro, que le exige posturas muy forzadas, levantamiento de pesos excesivos para su capacidad, soportar temperaturas extremas todo el año por ser un trabajo que se realiza a la in-

temperie, y vibraciones de la maquinaria agrícola. Las peculiaridades del trabajo en el campo hacen que en el caso de agricultores afectados por reuma su rendimiento en el trabajo no sea al cien por cien de su capacidad, y por ello sea mayor el riesgo de accidente laboral. Los agricultores reciben ayudas de la SSA llamadas «invalideces» en base al grado de incapacidad laboral que determina su enfermedad. Pero estas ayudas podrían definirse no como insuficientes, sino como ridículas. Además de que los trámites casi policíacos exigidos desaniman a muchos agricultores.

La **arterioesclerosis** se halla también muy extendida, sobre todo entre los agricultores de más edad, y más aún en las zonas de sierra, donde hemos detectado que prácticamente todos los mayores de 60 años toman gotas para el riego sanguíneo. Esta enfermedad, que es el agente mortal más extendido en los países industrializados, entra en el campo de la mano de otros factores de riesgo presentes en este sector profesional: obesidad, tabaco, hipertensión, ácido úrico (consecuencia éste del exceso de grasas y proteínas).

Los abundantes **problemas bronquiales y respiratorios** son lógicos en un trabajo a la intemperie, donde se suda en medio del frío, y eso muchas veces sin dejar de fumar, con presencia habitual de polvo, etc. La introducción de las neveras y frigoríficos en el medio rural ha causado no pocos estragos en los bronquios de los agricultores, que llegan a casa al mediodía de julio, con casi cuarenta grados de temperatura, y se beben de un trago media botella de agua —o gaseosa— helada.

La **brucelosis** es otra de las enfermedades más extendidas en el campo riojano, aunque tiene una mayor incidencia en aquellas zonas donde la componente ganadera es más importante que la agrícola. En las sierras riojanas la mayor parte de las personas que están en contacto habitual con el ganado la han contraído. Por el contrario, allí donde la ganadería es exigua, o en los grandes centros urbanos riojanos, apenas se da. No puede afirmarse en ningún caso, según las consultas realizadas a médicos locales y los trabajos de investigación consultados, que esta enfermedad, que tantos perjuicios causa a los agricultores a largo plazo, tenga tendencia a disminuir. Por el contrario, se dan sucesivas olas, a pesar de las mejoras en las condiciones higiénico-sanitarias. Según el estudio realizado por el doctor Fausto Vadillo, los mayores brotes coinciden entre la primavera y el otoño, que es cuando se da la paridera más fuerte y la extracción de estiércol de los apriscos, por lo que el contacto hombre-animal es más íntimo. Según el mismo estudio, las comarcas más afectadas (entre 1971 y 1980) son las de Logroño, Nájera y Arnedo; especialmente en zonas más definidas como Valle de Ocón, Alto Cidacos, Alto Iregua, Baños, Berceo, Estollo, etc.

También las **enfermedades mentales** tienen una importancia creciente. De un lado las características de muchos territorios de montaña, y que también se da en algunas zonas de la sierra riojana, o así lo han detectado dos médicos que trabajan en ellas: esquizofrenias y debilidades mentales, en

ambos casos hereditarias, producto del ambiente social, la soledad y el elevado consumo de vino y derivados. Pero, sobre todo, las neurosis tienen importancia en las zonas agrícolas más dinámicas, donde el «stress» se ha implantado con mayor fuerza. El consumo de psicotrópicos y tranquilizantes, según los médicos consultados, se ha elevado notablemente, y los propios agricultores reconocen en muchas reuniones (aunque es frente a este tema donde más reticencias a hablar presentan), que «los nervios los tenemos todos ya hechos tabaco». Aunque tradicionalmente los internamientos en centros de salud mental no son extraños en el medio rural, es evidente, en base a todas las fuentes consultadas, que la situación actual, a este respecto, es mucho más grave.

1.6.6. SINTESIS, CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES DE ACCION

En suma, el agricultor riojano, que no se considera enfermo sino cuando le dan la incapacidad permanente y total, se halla muy lejos de estar en buen estado de salud, física y mental. Han olvidado el antiguo saber cuidar el cuerpo de los campesinos, y han adquirido prácticas alimenticias y culturales de las ciudades, principalmente a través de la televisión. Comen en exceso y sin control; en muchos casos beben también excesivamente, cuidan poco su cuerpo, y sobre todo están inmersos en una vorágine de competitividad y lucha por la supervivencia que genera serias dolencias físicas y anímicas.

Una política inteligente del gobierno regional debería ir encaminada a mejorar los niveles de salud del campesinado, por cuanto la agricultura es la principal generadora de la riqueza riojana. Y, por supuesto, tal política no puede partir de datos fragmentarios, estudios aproximativos u otras pequeñeces. Debe partirse de un estudio serio y en profundidad del estado de salud de los agricultores, comarca a comarca y aun pueblo a pueblo.

De alguna manera la propia población agraria va encontrando alternativas al deficiente estado actual de salud. Como síntomas podríamos apuntar el renacer de los huertos y corrales; la aparición del pan integral y su creciente consumo; la elección de dietas vegetarianas, o al menos menos ricas en grasas y proteínas, que hacen algunos agricultores; la reaparición de formas ancestrales de medicina natural, que practican incluso algunos médicos rurales, etc.

Pero todo ello es insuficiente si no se realiza al calor de una política de desarrollo de estas mejoras, principalmente a través de campañas educativas y pedagógicas sobre los diversos elementos que hemos visto inciden en la salud. Precisamente es en el campo donde la medicina preventiva, entendida de ese modo, mejor papel puede cumplir.

Algunos problemas, sobre todo los mentales, son de más difícil solución, por cuanto no son propios de la agricultura, sino del tipo de sociedad competitiva, productivista e insolidaria en que se desenvuelve la agricultura moderna.